

# EL MUNDO

Martes, 14 de octubre de 2003. Año XV. Número: 5.060.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## El tiempo de los embaucadores

LIONEL JOSPIN

Francia no está en decadencia. Simplemente se siente un poco enferma. Está claro que la elección presidencial fue especial, pero el 5 de mayo de 2002 los franceses decidieron. El jefe del Estado fue elegido tanto por la izquierda como por la derecha. De entrada, el primer ministro, Jean-Pierre Raffarin, se benefició de una situación favorable. Su Gobierno dispone de un amplio apoyo en ambas cámaras. Y la oposición todavía se está reconstruyendo. ¿Por qué, entonces, bastaron 18 meses para que la confianza se desinflase y se ensombreciese el clima del país?

Nuestros compatriotas comienzan a preguntarse si no están siendo dirigidos por embaucadores. Lo que el ciudadano tiene derecho a esperar del poder es que su política sea clara, coherente y seria. Y en este caso está pasando todo lo contrario. Y los franceses lo notan especialmente en el ámbito económico y social.

La situación económica y financiera de nuestro país se ha degradado profundamente. El crecimiento será nulo en 2003, el paro aumenta y nuestro déficit público es el más elevado de la Unión Europea. Y el Gobierno de Francia tiene que apechugar con su responsabilidad.

Sigo creyendo en la posible eficacia de una política económica que muestra sus objetivos, los medios de alcanzarlos y la voluntad de ponerla en práctica. Un conjunto de condiciones delicadas en una economía abierta y más complicadas todavía cuando la coyuntura internacional es desfavorable. Pero no se puede renunciar a eso. Y lo que está claro es que la política económica realizada desde hace 18 meses no responde a estas mínimas exigencias.

Todos los países europeos experimentaron una ralentización económica, pero en Francia es mucho más acusada. Mientras nuestro país, de 1997 a 2001, tiraba hacia arriba del crecimiento de la zona euro, en estos momentos lo está empujando hacia abajo. Nuestros malos resultados económicos se explican sobre todo por la debilidad de nuestra demanda interna. Falta la confianza de

los empresarios y de los consumidores.

Según han confirmado la Comisión Europea y la OCDE, esta inquietante evolución se debe mayoritariamente a las decisiones del Gobierno. Lo más preocupante de la situación es que el aumento del déficit va acompañado de un importante aumento de la deuda. En un mundo globalizado y desestructurado, la sociedad necesita al Estado para garantizar la armonía social y preparar el futuro. Por eso nosotros creemos en el papel del Estado. Y por eso hay que controlar y elegir bien el gasto público.

El análisis de los presupuestos de 2003 y 2004 muestra que la primera opción del poder es la de los gastos militares. Es difícil entender el por qué de esta decisión. Cuando la coyuntura impone ahorros, éstos deberían reposar sólo sobre el presupuesto civil.

La educación y la investigación son las primeras víctimas de esta decisión, seguidas de la inversión privada y de las políticas sociales.

La misma constatación se impone en el caso de la Seguridad Social. Mientras nosotros habíamos conseguido restablecer las cuentas gracias a una política de crecimiento económico y a un control del gasto, el déficit de la seguridad social alcanza en 2003 un nivel récord de 11.000 millones de euros. Mi temor es que esta situación sirva de pretexto al Gobierno para poner en cuestión nuestro sistema de Seguridad Social y dar entrada a los empresarios privados en «el mercado de la sanidad».

Las mismas contradicciones y la misma injusticia marcan la política fiscal. Bajar los impuestos no es un tabú. Mi Gobierno lo hizo. Pero lo hizo en un momento en el que, con el crecimiento, los ingresos fiscales eran abundantes y el déficit disminuía. Además, nuestra política era equitativa, porque la bajada de los impuestos sobre los ingresos favorecía a los titulares de ingresos medios y pequeños. La lógica de la política fiscal actual es la contraria. Consiste en reservar la bajada de impuestos sobre la renta al 10% de los contribuyentes. Y esta medida no sólo es injusta, sino ineficaz, porque la bajada de los impuestos a los que más ingresan irá a aumentar el ahorro y no tendrá efectos sobre el consumo.

Tampoco hay coherencia en la política laboral. Es incoherente. Cuando el paro aumenta y cuando no se es capaz de recuperar el crecimiento, detener el programa de empleo para jóvenes, penalizar a los parados y pretender aumentar la duración individual del trabajo. El Gobierno no se dotará de una adecuada política laboral lanzando una campaña contra las 35 horas.

En la actualidad, la situación económica se torna insostenible. Si no se modifica

hoy la orientación, este Gobierno no podrá evitar mañana una fuerte subida de impuestos y un freno en seco de los gastos, lo que dificultará aún más la recuperación económica. Además, y es uno de los aspectos más inquietantes, la política que se está siguiendo debilita seriamente la credibilidad de Francia en la Unión Europea.

No fui yo el que firmó el pacto de estabilidad en 1996, sino Jacques Chirac. Aquel que nos invitaba a «respetar la firma de Francia», reniega hoy de la suya y su primer ministro le echa la bronca a la Comisión -que lo único que hace es recordar las reglas- como el chaval que está siempre en el fondo de la clase reprochando a su profesor que siempre le corrige mal sus exámenes. Hemos irritado a nuestros socios, nos hemos debilitado y hemos quedado aislados. Y se ha visto afectada nuestra capacidad de liderazgo en Europa.

Además de la economía, lo que preocupa en la actualidad a la opinión pública en relación con el poder es que tiene un sentimiento de incoherencia ante afirmaciones contradictorias de sus gobernantes.

Incluso la política exterior sufre esta misma impresión. La postura adoptada sobre Irak era justa, pero se defendió de mala manera. Seguramente habría sido mejor exponer desde el principio a nuestro aliado americano las razones fundamentales de nuestra oposición a la guerra antes que dejar planear la duda sobre nuestra actitud, para colocarse después a la cabeza de una improbable coalición de los que pretendían evitar la guerra. Por culpa del estilo de nuestra acción diplomática, no pudimos evitar el riesgo de ver transformarse una divergencia legítima con George W. Bush en un antagonismo profundo entre Estados Unidos y Francia. Y eso lo hicimos molestando al mismo tiempo a varios de nuestros socios europeos por la arrogancia de nuestro tono. Cuando uno quiere enfrentarse con Estados Unidos, lo mejor que puede hacer es llevarse bien con Europa.

Esta pequeña aproximación a la política exterior nos muestra la extraña dualidad del Ejecutivo. El presidente se evade hacia cuestiones de política exterior y deja al primer ministro fajarse con los problemas internos, que son los más complicados. El presidente fija la hoja de ruta pero no quiere que se le responsabilice de su puesta en práctica. Se mantiene a distancia desde el momento en que una dificultad asoma la oreja: fracaso del referéndum en Córcega, muertos del verano por el calor, subida del paro o desequilibrio presupuestario. El presidente impone, pero no asume responsabilidades. El primer ministro ejecuta, pero no tiene poder.

Hay que comenzar a preguntarse hacia quiénes se volverán los franceses cuando empiecen a cansarse de estos simulacros. La izquierda tampoco está al abrigo de todo reproche. Hay sobre todas dos cuestiones que debe clarificar

para merecer de nuevo la confianza del electorado.

La primera tiene que ver con la aproximación que hace a su acción de Gobierno durante la última legislatura. O bien dice que fue derrotada porque fracasó, porque su política era mala y le será difícil fijar objetivos de reconquista. O bien que, lejos de haber sido neoliberal, hizo una política progresista en las condiciones actuales del mundo. En este caso, podrá apoyarse en un pasado sólido.

La segunda cuestión se refiere a la tentación de la izquierda y sobre todo de la extrema izquierda de rehusar el ejercicio del poder político. Es tal vez una curiosa manera de extraer lecciones de la Historia. Todas las revoluciones del siglo XX engendraron totalitarismos. A la extrema izquierda, prisionera de esta Historia, aprisionada entre las ilusiones y las derrotas, le repugna gobernar. Pero el objetivo de la acción política sigue siendo el ejercicio del poder. En democracia, el poder se conquista y se legitima en las elecciones.

Si la izquierda se separase del poder, la derecha, incluso estando débil, sería la única que podría ejercerlo. Contra este riesgo, toda la izquierda debe saber asumir sus responsabilidades de cara al futuro.

**Lionel Jospin fue primer ministro de Francia.**